

UN INEDITO DEL FILOSOFO ARGENTINO LEON DUJOVNE SOBRE LA FILOSOFIA DE LA HISTORIA EN DOMINGO F. SARMIENTO

El profesor León Dujovne ¹ ha sido uno de los más destacados investigadores argentinos en historia filosófica y filosofía de la historia. Sus estudios sistemáticos, especialmente sobre Spinoza y el pensamiento judío universal ², representan una dimensión de su interés por la historia. La otra vertiente está constituida por sus trabajos específicos sobre ese tópico ³. En ese sentido, sus tres volúmenes sobre las diferentes concepciones acerca de la historia, desde la antigüedad hasta nuestros días, lo muestran como un pensador atento al siempre presente problema del tiempo, y la inserción de las diferentes culturas en el proceso humano total.

Fiel a su tradición judía, Dujovne ha publicado numerosos trabajos que lo colocan en una posición privilegiada como expositor e intérprete del judaísmo ⁴. Sin embargo esta tarea no agotaba sus intereses. Argentino por decisión más que por ocasión, sostenía la necesidad de estudiar profundamente —es decir, filosóficamente— el tema nacional. No fue pródigo en publicaciones sobre estas meditaciones; por eso esta dimensión de su obra ha sido hasta ahora ignorada.

Entre los numerosos inéditos conservados cuidadosamente por su hija Dalila, hay un libro prácticamente completo sobre Sarmiento. Que este polémico y agigantado prócer le haya interesado no es extraño. La fuerte personalidad del sanjuanino ha llamado la atención de casi todos nuestros hombres de reflexión. Lo que sí resulta novedoso son las dos características

1 Nació en Rusia, en octubre de 1899, y falleció en Argentina, Buenos Aires, el 16 de enero de 1984. Fue profesor en las Universidades de Buenos Aires y Hebrea de Jerusalén (hasta 1965 y de 1970 a 1972, respectivamente).

2 Se destaca su libro *Spinoza: su vida, su época, su obra, su influencia*, Buenos Aires 1941, 4 tomos.

3 Especialmente *La filosofía de la historia desde el Renacimiento hasta el siglo XVIII*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1959; *Teoría de los valores y filosofía de la historia*, Buenos Aires, Paidós, 1959, y *La filosofía de la historia de Nietzsche a Toynbee*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1957

4 Sobre todo su *Introducción a la historia de la filosofía judía*, Buenos Aires 1949.

de su abordaje: haber ahondado el pensamiento de Sarmiento sobre la historia, y haber enfocado su visión del prócer en constante confrontación con algunos de sus intérpretes más críticos, en especial Ricardo Rojas.

Creo que esta circunstancia, además del interés propio de un serio y meditado análisis de las obras de Sarmiento, justifican la edición de al menos un pasaje representativo de este inédito. Mucho se ha escrito sobre Sarmiento, en Argentina y fuera de ella. Y aún así hay aspectos poco o nada explorados. Hace poco tiempo el investigador Juan Carlos Torchia Estrada puntualizaba, comentando la obra de Daniel Zalazar⁵ que los historiadores y analistas de Sarmiento descuidan ciertas obras claves, como su último e inconcluso libro *Conflicto y armonías de las razas en América*, cuya ausencia mutila la visión del positivismo argentino. En efecto, quienes anclan la visión sarmientina del hombre y la historia sólo en el *Facundo*, se limitan a exponer una concepción romántica y utópica que el mismo Sarmiento se encargó de ir corrigiendo años después. Pero como casi nadie concede a este pensador el calificativo de «filósofo», sus obras con pretensión más reflexiva y científica han quedado fuera del campo visual de quienes, sin embargo, están dispuestos a encontrar cosmovisiones y hasta tesis metafísicas en sus obras literarias.

A un siglo de su muerte, queda aún mucho por saber y por decir sobre este personaje tan complejo. El estudio del profesor Dujovne nos propone un ángulo visual poco transitado. Y que lo proponga confrontándose en cierto modo con Rojas también nos dice algo⁶. Desde que se iniciara —a veces con cierta violencia— la polémica acerca de la «argentinidad», Sarmiento ha sido tan tenazmente defendido por unos (como Bunge) como detractado por otros. Dujovne ve en Ingenieros —de por sí probablemente poco afecto a la faz «romántica» de Sarmiento— a quien mejor ha comprendido la totalidad de la obra y sobre todo el enfoque final, dado por *Conflicto y armonías de las razas en América*. En esa línea evolutiva intenta Dujovne desbrozar los puntos capitales en que el pensamiento sarmientino puede ser

⁵ Reseña por J. C. Torchia Estrada en *Revista Interamericana de Bibliografía*, vol. 37, núm. 3, 1987, pp. 394-5; la obra es *La evolución de las ideas de D. F. Sarmiento*, Somerville, ed. SLUSA, 1986.

⁶ En efecto, resulta claro el rechazo de Dujovne a la interpretación de Rojas, que otros han intentado continuar. Hay disidencias histórico-críticas significativas, pues Rojas, en el cap. 43 de su libro sobre Sarmiento, titulado precisamente «Filosofía de la Historia», considera que los hitos son *Facundo* y las conferencias de 1858 y 1865. Es decir, no sólo omite la Correspondencia (importante para Dujovne), sino y sobre todo la Conferencia sobre Darwin. Y aquí está el disenso fundamental, filosófico: Rojas insiste en que las lecturas de madurez (Darwin, Taine, Renán) no hicieron cambiar a Sarmiento sus anteriores creencias (p. 609). Entre ellas privilegia la fe religiosa y la doctrina liberal, que según Rojas coexistieron siempre en el pensamiento y en las convicciones del sanjuanino (p. 610). Es fácil ver que Dujovne no podía estar de acuerdo con este enfoque bastante inmovilista. Que prefiera la interpretación de Ingenieros se explica no sólo por la coincidencia nuclear de valoración sobre Sarmiento, sino también por el hecho de que Dujovne conocía muy bien la obra de aquél, a quien dedicó uno de sus pocos estudios editados sobre filosofía argentina: *La obra filosófica de José Ingenieros*, Buenos Aires, A. López. 1962.

analizado hoy con provecho intelectual. Uno de esos puntos es la concepción de la historia.

Acerca de este tema se ha escrito poco. Por el contrario, se ha insistido, quizá en demasía, en una interpretación antropológica de sus obras más célebres, concretamente el *Facundo*. De allí que en consonancia, el enfoque antropológico haya prevalecido en el análisis de otras obras relacionadas (no sólo *Conflicto...*, sino también trabajos menores, como la Conferencia sobre Darwin). Dujovne propone una lectura con otra óptica: atenernos a la concepción de la historia que las informa, y sólo a partir de ella captar el concepto sarmientino del hombre. En otros términos, frente a la imagen de un pensador interesado en presentar sobre todo una interpretación del hombre argentino —y luego americano—, Dujovne levanta la imagen de un pensador interesado en mostrar ante todo una explicación radical de la historia. No «el hombre» —en sentido esencialista— sino «la historia de los hombres», circunstanciada y variopinta, pero no inasible al instrumento conceptual.

Hay pues, según Dujovne, una filosofía de la historia (en sentido amplio) en Sarmiento. Puede describirse como un núcleo estable de sus adhesiones básicas y un perinúcleo modificado según el desarrollo intelectual del autor y de su época. No olvidemos que el sanjuanino fue un espíritu atento a las mudanzas y a los logros teóricos de la humanidad. Esta filosofía de la historia es, por tanto, en cierto modo abierta, susceptible de nuevas reflexiones y de un replanteo actual. El núcleo está constituido por tres o cuatro intuiciones y —sobre todo— adhesiones (en el sentido de convicciones). Son, en definitiva, bastante semejantes a los postulados iluministas y pueden reducirse a: los modos de conciliar civilización, progreso y libertad; la idea de que los sucesos históricos sólo pueden ser interpretados profundamente, desde los principios comunes y universalmente humanos; y la convicción de que no existe un hado o destino fatal, sino a lo sumo una tendencia, pues —como diría Platón— cada uno, cada hombre, cada pueblo, es responsable del destino que elige, «no hay culpa alguna en la divinidad».

Dujovne considera que estas ideas centrales se han desarrollado en cuatro etapas: 1. Los primeros escritos, hasta *Facundo*; 2. La correspondencia de viaje; 3. Las conferencias de 1858, 1865 y 1881; 4. *Conflictos...* El estudio analítico, que Dujovne realiza a lo largo de más de 100 páginas, muestra el hilo conductor ideológico y su desarrollo interno, las influencias (siempre decantadas por el espíritu personal) y las nuevas problemáticas que fueron abriéndose.

Dentro de este vasto panorama es posible mostrar, a través de un tema específico, el método histórico-crítico de Dujovne y los resultados hermenéuticos que nos propone. Por suerte hay en la obra algunos excursus que pueden ofrecerse como un material unitario, lo que obvia los riesgos de presentar sólo fragmentos de capítulos más extensos.

El tema de América ha sido abordado por Sarmiento en las cuatro etapas que enumera Dujovne. Se refiere a «América» en el sentido de una relación bipolar y tensa, histórica y programática, entre el norte y el sur. ¿Qué más actual para nosotros, latinoamericanos de hoy? Este «suelto» de Dujovne es una muestra perfecta de su enfoque total.

TRABAJO DE EDICIÓN

«Sarmiento y América» es un capítulo suelto de 11 páginas mecanografiadas con correcciones y añadidos de mano de Dujovne. El texto está casi completamente terminado, pero sin citas. Presentamos el texto modificado según sus correcciones y completamos en notas las referencias mencionadas. Para las citas de Sarmiento se ha seguido la edición *Obras de D. F. Sarmiento*, publicadas bajo los auspicios del Gobierno Argentino, por Berlín Hnos, París-Buenos Aires, 1898-1909, 53 vols.; editor A. Belin Sarmiento; ésta es la obra que ha utilizado Dujovne en su trabajo.

El último párrafo mecanografiado está techado porque la misma idea se retoma en otro capítulo al que quizá Dujovne pensó incorporar este excursus. Sin embargo lo he incluido porque es necesario como conclusión y por que la idea que encierra ha sido retomada, con redacción algo modificada, en otra parte relacionada de su obra. Tal como ahora lo presento, este breve capítulo puede leerse con independencia del resto de la obra, ya que las ideas centrales de la hermenéutica dujovniana son aquí suficientemente expresas.

CELINA A. LERTORA MENDOZA

SARMIENTO Y AMERICA

(TEXTO INEDITO)

¿Qué cosas sabía y entendía Domingo Faustino Sarmiento con particular versación y agudeza? No es fácil dar una respuesta cierta a este interrogante. A quienes sostengan que Sarmiento fue un genio, no les ha de ser fácil determinar en qué se reveló la genialidad de ese hombre, a un tiempo tenaz e inquieto, luchador y lector voraz, escritor con maravillosas dotes de artista y con ambiciones de científico. Habitualmente, la condición sobresaliente de un hombre de excepción se limita a una esfera de la actividad humana, más precisamente, a un ámbito determinado, y hasta a un dominio especializado. Quizá la grandeza de Sarmiento, civilizador y uno de los constructores de la Argentina, se distinga porque en ella la unidad de una personalidad robusta se nutría en una singularísima riqueza de vida, sin la limitación de una especialidad determinada. En todo caso son evidentes estas dos características de su temperamento: una poco común aptitud de percepción de la realidad humana y, junto a una notable inclinación a las lecturas históricas, una frecuentemente desplegada destreza para asociar y relacionar referencia a hechos diversos de la historia. Ejercitaba esta destreza cuando necesitaba, o quería, explicar, iluminar algún suceso de la actualidad que reclamaba su interés o su curiosidad.

Sarmiento mismo destaca, en *Recuerdos de Provincia*, su amor al saber, su obstinado afán de instruirse. Cuenta allí cómo fue aprendiendo el francés, el inglés, el portugués y el italiano. Y luego escribe: «En 1838 fue a San Juan mi malogrado amigo Manuel Quiroga Rosas, con su espíritu mal preparado aún, lleno de fe y de entusiasmo en las nuevas ideas que agitaban el mundo literario en Francia, y poseedor de una escogida biblioteca de autores. Villemain y Schegel, en literatura; Jouffroy, Lermnier, Guizot, Cousin, en filosofía e historia; Tocqueville, Pedro Leroux en democracia; la Revista Enciclopédica como síntesis de todas las doctrinas; Charles Didier y otros cien nombres hasta entonces ignorados para mí, alimentaron por largo tiempo mi sed de conocimientos.» Sarmiento trae los nombres de aquellos con quienes solía discutir apasionadamente, por las noches, en una tertulia, las nuevas doctrinas, Y concluye el relato con estas líneas: «Hice entonces, y con buenos

maestros, a fe, mis dos años de filosofía e historia, y concluido aquel curso, empecé a sentir que mi pensamiento propio, espejo reflector de las ideas ajenas, empezaba a moverse y a querer marchar. Todas mis ideas se fijaron clara y distintamente, disipándose las sombras y vacilaciones frecuentes en la juventud que comienza, llenos ya los vacíos que las lecturas desordenadas de veinte años habían podido dejar, buscando la aplicación de aquellos resultados adquiridos a la vida actual, traduciendo el espíritu europeo al espíritu americano, con los cambios que el diverso teatro requería»¹. Estas líneas son de importancia decisiva para comprender a Sarmiento. Tenía cuarenta años cuando las escribió. Ellas lo muestran tan complacido en señalar cómo diez años antes había empezado a moverse y a querer marchar su pensamiento propio, como le place recordar cuánto le agradaba ilustrarse con el ajeno.

Desde sus primeros artículos de diario hasta su último, inconcluso libro, se mantiene como una permanente nota de su espíritu el gusto, y no sólo el gusto, sino una suerte de continua necesidad de contar, comparar y comentar acontecimientos históricos. Y lo hacía con la espontaneidad de quien responde a una vocación y realiza un menester útil. A esta capacidad se vinculaba, naturalmente, una firme tendencia a reflexionar sobre el desarrollo de las sociedades humanas, sobre los factores predominantes en él y sobre el sentido del proceso mismo. Esta tendencia era la de un interesado por la «historia filosófica», la de un filósofo de la historia que acostumbre meditar sobre ciclos de la vida de las sociedades humanas, o sobre vastos sectores de ella. La desplegaba movido no sólo por preocupaciones o preferencias especulativas, sino como respondiendo a una suerte de reclamo imperioso de interpretar sucesos inmediatos o distantes de su país o en función de sus ideales de patriota. Sarmiento no era un espíritu en quien predominara lo que en la jerga filosófica se suele llamar el «hombre teórico» sino el «hombre práctico». Pero cuando discurría sobre problemas en los que le toca pronunciarse y en cuya solución sería actor, lo hacía con la versación y la penetración de alguien a quien las «ideas» eran familiares y a quien le complacía examinarlas, resumirlas, valorarlas y coordinarlas. Y así es como se puede hablar de la concepción de Sarmiento sobre la historia. Y en esta concepción sobre la historia de la humanidad se comprueba cómo junto a unas convicciones invariables desde que comenzó a comunicarse con el público, se fueron desarrollando otras sobre aspectos particulares de la vida de la humanidad a través del tiempo. Esos juicios se iban desarrollando, rectificándose unas veces, completándose otras. Entre ellos figura su apreciación del papel de América en la historia de la humanidad moderna. Esta apreciación se fue desarrollando a través de las cuatro etapas en que cabe dividir sus escritos en cuanto contienen ideas sobre la historia. Naturalmente, tal división tiene algo de esquemático, pero ella no es arbitraria. La primera de esas etapas comprende al *Facundo* y los artículos anteriores a su

1 *Recuerdos de Provincia, Obras*, t. III, cap. «Mi educación», las tres citas en p. 150.

redacción y en los cuales había tratado temas históricos. La segunda comprende las correspondencias de viaje que integran el tomo V de sus *Obras* ². La tercera comprende tres conferencias que pronunció, en circunstancias distintas, en 1858, en 1865 y en 1881, sobre los estudios de historia de América, sobre la doctrina Monroe y sobre la teoría de la evolución de Darwin. La cuarta etapa es la de *Conflicto y armonías de las razas en América*.

En la primera etapa Sarmiento piensa, conforme lo vimos, cómo un sudamericano que traduce el espíritu europeo al espíritu americano, con los cambios que el diverso teatro requería. De la América del Norte se informa a través de la lectura de un autor francés. La América del Sur es para él un mundo cuya explicación aún no se había dado con adecuada competencia científica. Así, en el capítulo ³ de *Facundo*, Sarmiento, con deslumbrante perspicacia, descubre que las experiencias sociales del siglo XIX hacían necesarias unas rectificaciones a las ideas de la Revolución Francesa, en las que se había formado a través de sus lecturas de autodidacto y a las que fue en lo esencial fiel durante toda su vida. Allí, y en 1845, dice, refiriéndose a nuevas nociones adquiridas desde 1820: «Desde entonces sabemos algo de razas, de tendencias, de hábitos nacionales, antecedentes históricos. Tocqueville nos revela, por la primera vez, el secreto de Norteamérica; Sismondi nos descubre el vacío de las constituciones; Thierry, Michelet y Guizot, el espíritu de la historia...» ⁴. En Tocqueville, Thierry, Michelet y Guizot están las doctrinas con que podía fundar o revestir su visión de la historia hasta que concluyó la redacción de *Facundo*, y aún en años posteriores en buena medida. Los cuatro eran historiadores y sus teorías sobre la historia no eran sólo construcciones especulativas. En grados distintos, podían pretender la condición de legítimas inferencias de los hechos, de teorías fundadas, empíricamente, en comprobaciones resultantes de la reconstrucción del pasado y del examen de la actualidad. Sarmiento se había elaborado una visión del mundo, de la vida y de la historia humana, básicamente concordante con los autores de la Ilustración en Francia, desde Voltaire, para quien el progreso era una esperanza hartamente mitigada, hasta Condorcet, para quien era una certidumbre infalible. Sarmiento nunca amenguó su fe en la capacidad del hombre de realizar el progreso tal como se la había entendido desde Turgot a mediados del siglo XVIII. Y siempre, y en esto se parecía a Voltaire, pensó que la historia es arena de combate entre la inteligencia crítica y las fuerzas que se le oponen. Cuando Guizot le descubre «el espíritu de la historia» toma de él más ideas que concordaban con los maestros de la Ilustración en Francia, en aquello que a Sarmiento podía importarle en cuanto criterio de orientación en el enfoque y en la solución de los problemas de la actualidad. Sería inoportuno comentar quiénes y de qué manera influyeron en la formación inte-

² Se refiere a la ordenación de la edición de Belin.

³ En blanco en el original, cap. 3, II parte: «Sociabilidad—Córdoba— Buenos Aires (1825)», *Obras*, t. VII, pp. 96-111.

⁴ *Ob. cit.*, t. VII, p. 104.

lectual de Sarmiento. Lo que aquí nos importa de manera particular es destacar cómo, cuando Sarmiento tenía treinta y cuatro años, era, para él, Alejo de Tocqueville quien había revelado el Secreto de Norteamérica. Sarmiento admiraba a Tocqueville. De este singular escritor francés tomó la fórmula que alude a la alternativa y a la conjunción de civilización y barbarie. De él pudo recibir alguna sugestión al estudio del papel del indígena en la formación de la sociedad argentina. Pero he ahí que treinta y ocho años después de escribir *Facundo*, Sarmiento publica el primer tomo de *Conflicto y armonías de las razas en América*. En este libro ya es él quien quiere desvelar el secreto del Nuevo Mundo, entero. Acaso no pretendiera mejorar lo que antes de él había hecho Tocqueville, pero de seguro quiere completarlo. Ya no se siente, como cuando escribió al comienzo de *Facundo*: «A la América del Sur, en general, y a la República Argentina sobre todo, le ha hecho falta un Tocqueville, que premunido del conocimiento de las teorías sociales, como el viajero científico de barómetros, octantes y brújulas, viniera a penetrar en el interior de nuestra vida política, como en un campo vastísimo y aún no explorado ni descrito por la ciencia...»⁵. Han transcurrido casi cuatro decenios y el vigoroso escritor quiere publicar un libro científico sobre América, pero sobre la América toda, sobre las dos Américas. El libro no es ni tan bueno como lo juzgaba Carlos Octavio Bunge⁶, para quien es una notable obra científica, ni es tampoco un fracaso tan desastroso como lo sostiene Ricardo Rojas⁷. Acaso el juicio ecuaníme sobre él sea el de José Ingenieros⁸. El trabajo metódico, científico, no era el fuerte de Sarmiento. Cierta-

5 T. VII, p. 9.

6 Cf. C. O. Bunge, *Sarmiento (estudio biográfico y crítico)*, Madrid, Espasa—Calpe, 1926; tercera parte: la Obra, cap. 7, «El pensador», parágrafo IV, dedicado a *Conflicto...* pp. 134-141. Destacamos algunas afirmaciones: «Aunque *Conflicto y armonías de las razas en América* no ofrezca la argumentación de un tratado científico, lo es realmente, por su notable información y por la relativa exactitud de sus datos, así como esa sana lógica y por el sistema de su doctrina. Además, es un libro valentísimo, pues proclama, por primera vez en la literatura argentina, la trascendencia del factor indígena en la formación y el alma de nuestra raza» (p. 135). Observa que la crítica con que fue recibido se debió en parte a su teoría étnica, poco halagadora para los argentinos que se creían europeos de pura sangre, y lamenta la acritud con que fue tratado quien merecía consideración nacional (p. 137). No obstante, el mismo Bunge hace a su vez una serie de críticas, sobre todo a las apreciaciones de Sarmiento sobre la civilización española, en 138 ss.

7 Cr. Ricardo Rojas, *Vida de Sarmiento. El profeta de la pampa*, Buenos Aires, 1945, cap. 47: «Conflicto de razas en América», pp. 644-664. Algunas de sus afirmaciones: «*Conflicto* parece un centón abigarrado, sin plan, sin coherencia, sin inspiración» (p. 645). «*Conflicto de las razas* no es sino un pedante esfuerzo por mostrarse pensador 'científico', metido en el entonces mal conocido *etnos* sudamericano, con abundancia de citas, pero sin ningún acierto en el planteo del problema» (p. 648). «*Conflicto* es una obra desordenada, confusa, trunca, sin base, sin lógica, sin conclusiones, y parece un aborto de la senectud más que de la vanidad» (p. 848).

8 Cf. J. Ingenieros, *Sociología Argentina*, Madrid, Daniel Jorro ed, 1913. En p. 172 dice: «Sarmiento estudia con genial anticipación la doble influencia del medio y de la raza en su popular *Facundo* y en su casi ignorado *Conflicto y armonías de las razas en América*. Añade en nota que hasta la fecha de aparecer su ensayo, el libro de Sarmiento no era citado por ningún historiador o sociólogo argentino. En p. 246 lo considera «el más alto esfuerzo en pro de la sociología argentina» y «genialmente prematuro».

mente Mitre no se equivocó cuando, con motivo de su aparición, hizo publicar en este diario un extenso artículo editorial —escrito probablemente por él mismo—redactado en un tono muy amistoso y en el cual reprocha a Sarmiento algunos que juzga errores ⁹. En una estimación del libro en conjunto, se decía que era antes de «un tratado de enseñanza teórica, un libro de propaganda y difusión, casi puede decirse de combate». En el artículo se expresaba también que en la obra se debía ver más bien «un reflejo de variadas lecturas, que el fruto de la observación propia».

Cualquiera que haya de ser la estimación justa sobre el último e inconcluso libro de Sarmiento, está claro, en todo caso, el hecho de que su autor al componerlo se consideró versado «en América». Versado como para redactar, respecto del continente, un libro científico después de haber reconocido varios lustros antes que otro escritor tenía el mérito de haber desvelado el secreto de su parte septentrional. Es que en el intervalo, Sarmiento, que siempre pensaba con la mente de un historiador no menos que con la de un hombre de acción, había meditado y escrito sobre América. Y algo más importante: había tenido la experiencia de América en conjunto, de la del Norte y de la del Sur. En el libro de *Viajes*, después de las crónicas que escribió mientras visitaba parte de Europa y regiones del norte de África, cuenta sus impresiones de los Estados Unidos. En Europa lo conmovieron las maravillas de su cultura, y lo decepcionaron los agudos problemas de su política en los años en que se gestaba la revolución de 1848. La América del Norte fue para él entonces algo así como la Europa que había soñado, por lo menos en algunos aspectos de su vida. Sobre Norteamérica escribía, en noviembre de 1847, a Valentín Alsina: «Los Estados Unidos son una cosa sin modelo anterior, una especie de disparate que choca a la primera vista, y frustra la expectación, pugando contra las ideas recibidas, y no obstante este disparate inconcebible es grande y noble, sublime a veces, regular siempre; y con tales muestras de permanencia y de fuerza orgánica se presenta, que el ridículo se deslizaría sobre su superficie como la impotente bala sobre las duras escamas del caimán. No es aquel cuerpo social un ser deforme, monstruo de las especies conocidas, sino como un animal nuevo producido por la creación política, extraño como aquellos megaterios cuyos huesos se presentan aún sobre la superficie de la tierra...» ¹⁰. En otro pasaje de la misma carta, Sarmiento le dice a Valentín Alsina que los norteamericanos «son hoy en la tierra los que más en camino van de hallar la incógnita que dará la solución política que buscan a oscuras los pueblos cristianos, tropezando en la monarquía como en Europa, atajados por el despotismo brutal como en nuestra pobre patria» ¹¹.

⁹ A pesar de las investigaciones en los Archivos del Museo Histórico Presidente Sarmiento, Mitre y del diario *La Nación*, el artículo periodístico mencionado por Dujovne aquí no ha podido ser hallado.

¹⁰ Carta del 12 de noviembre de 1847. *Obras*, t. V, p. 344 ss. La cita en p. 345.

¹¹ *Ibid.*, p. 346.

Alejo de Tocqueville había viajado desde Francia a los Estados Unidos para estudiar su régimen carcelario y del viaje resultó su *El porvenir de la democracia en América*. Sarmiento fue a los Estados Unidos para estudiar su sistema escolar y terminó describiendo una civilización que lo había deslumbrado. Tocqueville vio en Norteamérica la más avanzada etapa del proceso universal hacia la igualdad. Sarmiento concluyó por ver en América toda la tierra de *los principios*.

Un decenio después de publicado el libro de los *Viajes*, Sarmiento habló sobre los estudios de historia en América. Disertó ante jóvenes futuros historiadores, y en un pasaje de la alocución declara con énfasis ante sus oyentes, refiriéndose simultáneamente a la historia como suceso y a la historia como conocimiento: «La historia es la ciencia que deduce de los hechos la marcha del espíritu humano en cada localidad, según el grado de libertad y de civilización que alcanzan los diversos grupos de hombres, y el mejor historiador del mundo sería el que colocase las naciones según la medida de sus progresos morales, intelectuales, políticos y económicos»¹². En esta frase se expresa una concepción que penetra toda la obra escrita de Sarmiento: concepción que vincula la noción de «civilización» con las de progreso y libertad, idea que en sustancial coincidencia con la Ilustración, sostuvieron Guizot y Michelet.

En el proceso de la civilización ¿cuál era el papel de América? He aquí la respuesta de Sarmiento: Los antiguos no tenían un criterio de apreciación para los hechos históricos, que tanto dependían de la acción individual de los héroes como de la colectiva de los bárbaros que contrariaban o sofocaban el desarrollo de la civilización. Por eso adoraban el destino ciego como guía de los sucesos humanos. Por su parte, el cristiano Bossuet, frente al mismo enigma, apeló a los designios de la Providencia de la dirección de los acontecimientos. Sarmiento rechaza el criterio antiguo, y si admite la intervención de la Providencia en los asuntos humanos, ciertamente no la interpreta al modo de Bossuet. Hay, dice, intervención de la Providencia por medio de las sabias leyes que ha dado a las fuerzas sociales, leyes que ponen de manifiesto la sabiduría divina como en el mundo material esta misma sabiduría se revela por la gravitación, la cohesión, la electricidad, la luz y las afinidades químicas. «Nada de secreto tiene el designio que nos da la enfermedad como resultado del desorden, el frío como estímulo para cubrir la desnudez»¹³. Pocas líneas más adelante Sarmiento exclama: «La América ha borrado la palabra destino y divulgado el secreto de la Providencia: principios»¹⁴. ¿Cuáles eran esos principios? Los que los americanos del Norte habían heredado de Inglaterra y los del Sur tomado de Francia.

12 Conferencia sobre los estudios de historia en América, con el título «Espíritu y condiciones de la Historia en América», Memoria leída el 11 de octubre de 1858 en el Ateneo del Plata al ser nombrado Director de Historia. *Obras*, t. XXI, pp. 90-111, lo citado en p. 94.

13 *Ibid.*, p. 94.

14 *Ibid.*, p. 94.

En uno de los capítulos de *Recuerdos de Provincia* declara: «Son vulgarísimos y pasan desapercibidos los primeros síntomas con que las revoluciones sociales a que apela la inteligencia humana en los grandes focos de civilización, se sienten por los pueblos de origen común, se insinúan en las ideas y se infiltran en las costumbres. El siglo XVIII había brillado sobre la Francia y minado las antiguas tradiciones, entibiando las creencias, y aún suscitado odio y desprecio por las cosas hasta entonces veneradas; sus teorías políticas trastornado los gobiernos, desligado la América de España, y abierto sus colonias a nuevas costumbres y a nuevos hábitos de vida»¹⁵. En otra página de ese mismo capítulo de *Recuerdos de Provincia* cuenta Sarmiento cómo esas «ideas de regeneración y de mejora personal, esa impiedad del siglo XVIII» entraría en la casa de él por las cabezas de sus dos hermanas mayores¹⁶. Con este antecedente de su formación intelectual hablará del papel de América en la historia del mundo.

En la conferencia de 1858 Sarmiento habla genéricamente de América sin referirse de manera especial a la relación entre los Estados Unidos y la América del Sur. En 1865, cuando visita la Sociedad Histórica de Rhode Island que lo había hecho, lo mismo que a Mitre, su miembro honorario, diserta ante norteamericanos sobre la doctrina Monroe. Toca el tema de las relaciones entre la América angloparlante y la otra. La sensatez de sus ideas y la claridad de sus palabras son entonces admirables. Nuevamente destaca el papel de América en la historia de la humanidad y exhibe ante sus oyentes lo que es la América hispánica. Es un hombre de la América del Sur que conoce la historia de grandes civilizadores. Habla de grandes figuras de la historia; compara regímenes de gobierno y formas de vida de países distantes en el tiempo y en el espacio. Si los países de la América hispana han sufrido duros contratiempos, también han sabido o van sabiendo vencerlos. El Buenos Aires de 1865 muestra lo que los argentinos han hecho en diez años, después de duro batallar por arrancarse la indigna planta de la tiranía de Rosas. Pero hay algo que a Sarmiento le importa más que las distribuciones regionales entre una y otra América. Invita a sus oyentes a abandonar el terreno de la geografía, para remontarse «a las altas regiones de la filosofía de la historia»¹⁷. Quiere explicar las influencias de la América del Norte sobre la del Sur y también quiere exponer su pensamiento sobre el futuro.

Si en la conferencia de 1858 discurrió sobre «América y los principios», ahora, en la de Rhode Island, en 1865, trata lo que se puede llamar «la cooperación americana». Sarmiento comenta la doctrina de Monroe que, a su juicio, tiene su ejemplo en la historia, y su lugar preparado en el derecho de gentes. El cristianismo —dice— tiene su doctrina Monroe, aceptada por el Islam y las potencias occidentales. Francia ejerce de siglos atrás el protecto-

15 *Obras*, t. III, cap. «El hogar paterno», p. 120.

16 *Ibid.*, p. 121.

17 Discurso de Recepción en la Sociedad Histórica de Rhode Island, Providence, el 27 de octubre de 1865. *Obras*, t. XXI, pp. 194-236, lo citado en p. 204.

rado moral del Santo Sepulcro, e interviene con el asentimiento de la Europa en favor de los critianos de Oriente. A su vez, una nación como los Estados Unidos, que ha fecundado en menos de un siglo la república como forma de gobierno estable sobre tierra virgen, tiene derecho de guardar los alrededores de la santa cuna de un mundo nuevo, el derecho de proteger a quienes ensayan sobre terreno virgen la organización de la república. La América española no ataca derecho alguno europeo o dinástico en su suelo. Hay, en cambio, agresión europea en intentar recolonizarla con un principio de gobierno que no impartieron sus primeros pobladores.

Pero todo esto y otras cosas va diciendo Sarmiento para, a la vez, señalar que la doctrina Monroe necesita ser depurada de todas las manchas que el contacto de la mano del hombre ha echado sobre su lustre. La constitución de los Estados Unidos, declara, debe fijar en el bronce frío el manto nuevo que ha salido depurado de la hornalla de la guerra intestina. Es necesario, proclama el argentino ante sus oyentes norteamericanos, que a esa constitución se le agregue una cláusula que dé tranquilidad al mundo exterior. La república de Chile ha dado en ello ejemplo, al poner a la cabeza de su constitución esta cláusula: «Chile es el país comprendido entre los Andes y el Pacífico; entre el cabo de Hornos y el desierto de Atacama.» Los Estados Unidos necesitan decir que son el país que media entre dos océanos y dos tratados. Si lo hicieran, al día siguiente la doctrina de Monroe sería aceptada en el derecho de gentes de Europa. Pensaba Sarmiento que sólo merced a la intervención de América, en ella la historia se vuelve universal. Pero América tiene en esa historia su fisonomía propia, inconfundible. La república moderna es hija de América. En América no hay contiendas religiosas y despotismos políticos como los que han ensangrentado a Europa. En América la humanidad vieja fue curada de más de una enfermedad que la aquejaba. La América del Norte favoreció la independencia de la del Sur. La influencia norteamericana habrá de ayudar a preparar el terreno al arado, al cultivo, a las máquinas de trillar. Lo ha de hacer mientras mantenga el magisterio de su fidelidad a los «principios».

En 1881 dicta Sarmiento una conferencia sobre Darwin en homenaje a la memoria del naturalista que acababa de fallecer¹⁸. Para Sarmiento la teoría de la evolución es un criterio para interpretar acontecimientos de diversa índole. Historiador por vocación, que piensa sobre la historia como hombre de acción, quiere que a la inteligencia esclarecida acompañe un esquema del desarrollo de la humanidad desde sus formas de vida más primitivas. Por momentos, cuando habla de Grecia, de Roma, del cristianismo, enuncia algunas ideas que hacen pensar en un lector de Renan. La obra de Darwin representa para Sarmiento un momento en la marcha del progreso intelectual iniciado en el Renacimiento y cuyas etapas principales señala. En Darwin encuentra, además de la teoría de la evolución, un complemento de ella

18 «Darwin», conferencia leída en el Teatro Nacional después de la muerte del científico, el 30 de mayo de 1881. *Obras*, t. XXII, pp. 104-133. La exposición de Dujovne es la idea en general del texto, lo entrecomillado en p. 130: ...«liberados... por la pólvora y la prensa».

que pone de relieve la fecundidad del principio de la civilización helénica, «y su fundamento hasta ahora no comprendido, en la naturaleza misma y en su instinto de belleza»¹⁹. América, la América de «los principios», nació a la vida civilizada con el Renacimiento, con el siglo XV, «que fue el libertador del género humano»²⁰. Cuando le toca hablar del siglo XIX, Sarmiento declara que en este siglo asiste la humanidad a un período de observaciones profundas y de meditaciones extensas. El hombre se afana por dar expresión a las leyes en virtud de las cuales la naturaleza, la sociedad y la vida misma funcionan y existen. Se hacen grandes, aunque no del todo fecundos esfuerzos para escudriñar los secretos de la mente humana «y se reconstruye piedra sobre piedra la filosofía de la historia»²¹.

Sarmiento habla de los adelantos que en el saber va conquistando la humanidad. Exalta a quienes en América trabajan al servicio del progreso científico. Entre otros, nombra a Ameghino, y termina con estas palabras: «Estímulo y gloria a los trabajadores de toda nuestra América, para ayudar al progreso de la ciencia humana, hasta que por el Mississipi, el Amazonas y el Plata, como el triunvirato del activo movimiento moderno, descienda al viejo océano una nueva raza americana, armada de máquinas para suplir su falta orgánica de garras, y vibrando el rayo que ha hecho suyo, devuelva a la vieja tierra, su madre, en instituciones libres, en pasmosas aplicaciones de la ciencia al trabajo, los rudimentos que elaboraron egipcios, griegos, romanos y sajones para nosotros y nos trajeron puritanos y castellanos»²².

El esquema que Sarmiento traza de la historia desde el Renacimiento es reproducido en *Conflicto y armonías de las razas en América*. En este libro aspira a hablar de América toda. Quiere ser el *Facundo* de la madurez. Quiere ser un libro científico, y para ello «apoyado en las ciencias sociológicas y etnológicas modernas y rico de citas, revistiendo su pensamiento, para hacerlo aceptable, con la autoridad de una gran masa de escritores antiguos sobre las colonias españolas y modernos sobre la historia contemporánea»²³. Como método científico quiere extender sus reflexiones a la América entera. Entonces, Sarmiento admira a Buckle y, conforme lo declara, él mismo se entiende con Spencer. Realizará la tarea con la modalidad de un hombre de acción que cada vez que descubre un mal, una deficiencia, una alteración, piensa en los medios para corregirlos. Confía en el poder de la inteligencia y de la voluntad humanas. Escribió *Conflicto y armonías de las razas en América* cuando Buckle y Spencer eran autores de su predilección, y el libro debía ser el *Facundo* de la madurez. Cuando compuso *Facundo* no pudo haber citado a estos autores ingleses por la muy sencilla razón de que

19 Ibid, p. 122.

20 Ibid, pp. 123-128.

21 Ibid, p. 130.

22 Ibid, p. 133.

23 La obra abarca los tomos XXXVII y XXXVIII de las *Obras*. Las comillas que pone Dujovne no responden al texto sino que la idea se expone en el Prólogo dirigido a Horacio Mann en 1882 (el libro se editó en 1883).

aún no habían expuesto sus teorías históricas y filosóficas. Es que Sarmiento siguió pensando siempre lo mismo, desde que llegó a pensar por su propia cuenta según lo relata en *Recuerdos de Provincia*, en un pasaje que transcribimos hace un momento. Los autores con quienes congenia se distinguen por la circunstancia de que, no obstante sus diferentes teorías filosóficas, concuerdan en una visión de la historia en la que se concilian civilización, progreso y libertad. Michelet y Guizot, al fin de cuentas, no contradecían en lo básico al Iluminismo, aunque lo acreditaron con la experiencia de lo ocurrido, no sólo en la Revolución Francesa, sino en los años de la restauración y de la monarquía de Julio; también Buckle y Spencer podían desde otro ángulo abonar sus convicciones y serle útiles en la interpretación de los hechos en concordancia con estas convicciones. Ellas eran que los sucesos de la historia humana cobran su pleno sentido en cuanto son realización de esos *principios* con los cuales América reemplazó la idea de destino, de fatalidad en la vida de las sociedades. América, las dos Américas, colaborando en solidaridad comprensiva y recíprocamente respetuosa tenían su papel en la historia. Si la del Norte ha heredado esos principios de Inglaterra, la del Sur los había tomado de Francia. Pero esos principios eran, o debían ser, los universalmente humanos, que dan sentido a la vida de las sociedades. Así lo pensaba Sarmiento, fiel a un cristianismo entendido como principio de libertad y fiel a la divisa de que el pensamiento y la voluntad no tienen limitaciones en sus posibilidades.

LEON DUJOVNE (†)